

¿SOLAMENTE ORNITÓLOGOS?



La Asociación Ornitológica del Plata ha cumplido 75 años de vida. Muchos aspectos de su actividad hablan de vitalidad, y aun de pujanza.

La labor docente, a través de variados cursos y de las clases de la Escuela Argentina de Naturalistas, y las publicaciones, alientan la noción de que la AOP vive momentos de auge. Al mismo tiempo, las instalaciones de 25 de Mayo 749, ampliadas merced a la hospitalidad de Natura, dan una imagen de rejuvenecimiento, no sólo porque han sido remodeladas y remozadas, sino, sobre todo, porque a ellas acuden cotidianamente nuevas promociones de aficionados y estudiosos.

Se advierte, en suma, una apreciable y muy grata renovación generacional.

Grupos de trabajo como los de Aves Rapaces y la Subcomisión de Áreas Naturales y Conservación constituyen ejemplos de la nueva tónica, que se refleja también en las frecuentes salidas de campo, en la voluntad de realizar más campamentos educativos y en la inminente concreción de varios proyectos, entre los cuales merecen especial consideración dos publicaciones largamente esperadas, ya en proceso de impresión: La Lista Patrón de los Nombres Comunes de las Aves Argentinas y el libro "Las aves de la pampa perdida", nombre elegido para la recopilación crítica de los primeros informes ornitológicos de Guillermo Enrique Hudson.

Con ser significativas, y aun valiosas, estas realizaciones y otras iniciativas en trance de gestación no nos eximen de la obligación del inconformismo, del deber de reflexionar sobre el futuro de la AOP.

Desde el ya remoto instante de la fundación, en 1916, las circunstancias han cambiado de modo radical. Por muchos años pareció que el inicial objetivo de contribuir a la labor del Museo Argentino de Ciencias Naturales en el estudio de las aves y de agrupar a amantes e investigadores de la avifauna podían justificar la existencia de nuestra entidad, como si se tratara de sostener un club de amigos no demasiado proclives a las prácticas académicas. Pero los tiempos, queda dicho, son otros y las nuevas circunstancias apremian con exigencias diferentes.

El mundo entero, convertido por las comunicaciones y los transportes en una estrecha nave espacial, se agita al influjo de factores que no sólo perturban a las aves sino también a la totalidad de las especies vivientes, entre ellas, por supuesto, el hombre mismo. Ya no es posible vivir aislado en una especialidad, ajeno a los problemas ambientales. La observación y el estudio de las aves son quehaceres cargados hoy de mayor compromiso. La torre de cristal está seriamente amenazada por las actividades humanas perturbadoras del medio y es necesario estar atentos para acudir en defensa del delicado equilibrio.

Apenas acallados los aires celebratorios del 75º aniversario, la AOP se convirtió en caja de resonancia de acontecimientos que, por inquietantes, conmovieron los viejos andamios de nuestra personalidad institucional. Episodios tales como el derrame de petróleo en las costas chubutenses, la lluvia de cenizas volcánicas sobre la Patagonia, la incesante desaparición de bosques naturales en Misiones y el avance del desierto en muchas regiones del país han renovado el sentimiento de que es necesario encarar acciones nuevas. Hoy, ya a las puertas del siglo XXI, la AOP afronta otros desafíos.

Ser fieles a los viejos esquemas no es suficiente. Parece que, sin descuidar las tareas que han sido habituales, se impone ahora ensayar rumbos por donde la renovación se traduzca en crecimiento.

Puesto que es perentorio crecer, convocamos nuevamente a los miembros de la AOP a estrechar filas. Es necesario fortalecer las raíces entrañables y, al mismo tiempo, apoyar las iniciativas que apuntan a mayores desarrollos.

Ideas no faltan, pero acaso no han sido formuladas o puestas en marcha las que podrían producir los grandes cambios que reclama la hora. Todo depende del ánimo, del coraje de los socios y amigos de nuestra AOP.

Adolfo García Ruiz